

6 no conocen al enemigo. Estos, estos son los principales ladrones, que roban la quietud, y el sosiego continuamente, y tal vez enflaquecen, y disminuyen el juicio á quien tiene mucho, y saquean del todo al que tiene poco. Por mas que un cuerpo esté formado con bella simetría, tenga un colorido cambiante, vivo, y hermoso, si le falta el espíritu, la vivacidad de ingenio, la gracia, el garbo, &c. no podrá aquella estatua caminante prometerse muchos, ni muy fervorosos adoradores. Del frio no suele por lo comun provenir el calor. Ahora bien, toda persona de juicio debe abrir cien ojos para no caer en estas redes, y evitar estos peligros; y reputando por una como vileza el dexarse dominar de otros, debe mirar con horror todo aquello que pueda tener un fin ménos honesto. Conviene advertir ademas de lo dicho, que los amores que llaman Platónicos, la confianza en el conocimiento de su obligacion, y el respeto al decoro, y hombría de bien, son unos bellos nombres; pero los hechos no suelen ser tales, porque una pasion ciega, como justamente se pinta el amor entre personas de diverso sexo, pasa muchas veces los límites de la razon, y se desliza á la deshonestidad. Por lo demas no dexa de ser laudable comunmente el apetito á lo bello, y hermoso, quando es inocente, y no hay peligro. El órden, y la propiedad, como suele decirse, conviene al hombre sabio, y prudente; por esta razon le agradan los vestidos convenientes, y decentes á su estado, y que igualmente disten de la miseria, y desaliño, que de lo singular, y pomposo: quiere que su casa, y familia estén decentemente compuestas, y curiosas: que su mesa aparezca honestamente provista; esto es, sin luxo, y sin mezquindad demasiada: esto se entiende en el caso que no sea de aquellas personas, que determinadas á seguir otra virtud mas alta, hayan abrazado una estrecha voluntaria pobreza; bien que ni aun en el camino de la perfeccion se debe admitir una baxa, é indecente mezquindad. Dexemos á los antiguos alabar

á su Diógenes con su media cuba, ó tinaja, embriagado de una odiosa afectacion, y desatinada singularidad; pues si en nuestros tiempos hemos visto algun discípulo de aquel Filósofo, que ha querido imitarlo, mas ha sido burlado, y escarnecido, que alabado por esto. Por otras prendas se mereció esta persona justas alabanzas; pero no por esta insensata afectacion, y su modo de vivir.

CAPITULO XXXVIII.

Del buen régimen del apetito de la alabanza, de la estimacion, y de la amabilidad.

§. I.

Este apetito de alabanza, y estimacion propia, no es uno de aquellos apetitos primarios, y capitales, que digamos, los cuales quando se alteran, y desenfrenan, quieren señorear, y alborotar el mundo entero, y producen cada dia en él funestos, y horrendos espectáculos, como sucede en los apetitos de mandar, y ser superior á los demas, de adquirir riquezas, y saciar la sensualidad obscena de la luxuria. No obstante quando no está bien arreglado el apetito de que hablamos ahora, nos hace ver una serie copiosa de escenas ridiculas, que en lugar de estimacion, y alabanza cubren al hombre de irrision, desprecio, é ignominia. Por esto el hombre sabio no logra pequeños intereses en reconocer, y estar sobre aviso para contener los excesos de este apetito, que son mas comunes de lo que se cree, y dan ocasion á los cuerdos de que se burlen de nosotros frecuentemente quando incurrimos en excesos semejantes. Hay hombres de tal catadura, que parece que nada cuidan de su estimacion, y alabanza propia, ántes bien, como que la aborrecen, y desprecian: tomables el pulso poco á poco. Si este desprecio, y poca estimacion de sí mismo

mos nace de la virtud de la humildad, de que hablaremos después, será oro de buen mineral; pero si naciese de una desidiosa floxedad, del aborrecimiento al trabajo, de una necia, y vil insensibilidad, por la qual se juzga el hombre por inepto para todo: en estos casos, ni busca, ni merece estimacion, y alabanza. No padecemos los hombres por lo comun estas enfermedades; ántes bien solemos estimarnos en mas de lo que valemos, y somos; y el vicio de lisonjearnos á nosotros mismos, es casi comun á todos; pero esta adulacion, ó lisonja, no está manifesta al público, porque sabe ocultarse dentro de nuestro corazon; y lo que es mas, ni aun nuestro corazon mismo sabe muchas veces si se oculta en él. Algunos hombres hay que no se recatan de manifestarla; ántes bien, como pavos reales, hacen ostentacion de ella. Lo que no tiene duda es, que quando el hombre á cara descubierta sale á caza de alabanzas propias, especialmente si no hay mérito sobre que caigan, ó los méritos son vanos, y falsos, puede acaecer entonces que encuentre elogios entre la gran tropa de lisonjeros; pero no le sucederá lo mismo entre los hombres cuerdos, y sabios. La vanidad, y vanagloria son como hechas á posta para conciliarse la mofa, y burla, por lo ménos oculta, de todos, y especialmente logran ser pagados en esta moneda todos los hinchados pregoneros de sus propias alabanzas. Al oir uno de estos, que tantas veces repite sus valentías pasadas, sospechando, y acaso estando seguro de que quien le escucha sabe muy bien que todas son vanas fanfarronadas; al oirle contar los lances de armas en que se halló, ó piensa hallarse, sin que esto le cueste el menor trabajo, se rie el auditorio de botones adentro. Este es aquel soldado vanaglorioso de Plauto: este es aquel Capitan famoso de la comedia, que no hay trinchera que no fuerce, bandera que no quite, cañon que no barrene. Mas presto juzgarán todos que es un solemne poltron, que á fuerza de brabatas fanfarronas va buscando la gente simple, que lo tenga por un valenton de pri-

primera clase. Tambien es una enfermedad muy antigua el echar sangre por la boca, gloriándose muchos de una alta alcurnia, y nobleza muy rancia. Aun á estos no les faltan lisonjeros, y falsarios, que cooperan, y ayudan á sus vanas ideas, hasta estampar en los libros tan falsas noticias. Aun pasa más adelante este entusiasmo, haciéndolos pobladores de alguna Ciudad famosa, ó fundadores de algunos Monasterios, ó Iglesias. El vulgo suele celebrar, y aplaudir estas fábulas, y engaños; pero el sabio, que aborrece toda falsedad, y mentira, ó las recibe con indignacion, ó se burla de ellas. Aun hay mas que notar sobre esto, porque el mismo gloriarse un hombre de sus prendas, y verdaderos méritos, es por lo comun el medio mas eficaz, y proporcionado para apartar de sí toda alabanza, y conseguir el título de imprudente, y vano, por lo que la estimacion, y alabanza son dificiles de conseguir; pues el querer cogerlas por fuerza, ó el acometerlas abiertamente, basta para que la presa huya, y se escape: el buen modo, y la destreza pueden solamente conseguirla. Por tanto el hombre sabio jamas manifesta deseos de ser alabado; porque como la sombra sigue al cuerpo adonde quiera que vaya, así las alabanzas siguen á las obras buenas, y virtuosas. Hablando ahora de la alabanza bien merecida, esta no debe hinchar, y llenar al hombre de vanagloria, porque en este caso mas bien le causaría daño que provecho; debe sí excitarlo, y estimularlo, para que haga todo el bien que pueda. *La alabanza aprovecha al sabio*, dice el proverbio, *pero daña al loco*. Sobre todo conviene referir, y enderezar á Dios toda la alabanza, y gloria que puedan dar, y den los hombres á otro hombre sobre la tierra; y este es el mas seguro medio, y modo de purificar, y rectificar este apetito. Conviene aquí ahora encomendar mucho á los jóvenes la virtud de la modestia, que aunque sea una prenda muy necesaria, y de obligacion para qualquiera edad, pero conviene muy especialmente á la juventud. No consiste esta precisamen-

te en abstenerse de palabras, burlas, y conversaciones deshonestas, que son un indicio claro de tener el corazón inficionado con este veneno; mas tambien en manifestar, así en sus modales, como en sus palabras, y acciones, que estimándose á sí propios en poco, hacen de los demas mucho aprecio. Deben saber que por este camino, que parece contrario á sus intentos, se llega á conseguir aquel aprecio, y estimacion, que sin buscarla se puede desear. No solamente nuestro Dios, que es el justo apreciador de las personas, ama á los humildes, y aborrece á los soberbios arrogantes, lo mismo hacen tambien los hombres. La modestia es hija de la humildad, y será aquella constante, quando la humildad se hallé bien arraigada en el corazón. Es cierto por otra parte, que acaso el hombre podrá por algun tiempo fingir, y contrahacer la modestia, y la humildad; pero observad con atencion, que presto se moverá algun mueble, que le hará parecer muy distinto de lo que parecia durante aquel fingimiento. La virtud, pues, de la modestia no está reñida con aquella otra que se llama franqueza de ánimo, que es una virtud propia del comercio civil, ni se debe confundir esta modestia con la insensatez; de otra manera muy expuesto estaria el hombre en su conversacion á la risa, mofa, y malicia ajena, y manifestaria tambien poco aprecio de la virtud, y de su honor, por tanto deben andar juntas estas dos virtudes: la franqueza modesta es la mejor de todas. Parece como superfluo el acordar aquí que la modestia, aun mas bien que á los hombres conviene á las mugeres: este es aquel hermoso color, que hace resaltar maravillosamente la perfeccion de su semblante, porque es la inocencia la que aparece entónces: quien no lo procura, ó lo desprecia, acaso podrá parecer bien á los necios perversos; pero no espere agradar á los buenos, y sabios. Débese observar ademas de lo dicho, que así como las liebres son apresadas por los perros, de la misma manera se dexan muchos coger por las alabanzas, de tal manera, que

por

por este género de encanto son transportados á creer lo que no hay, y á obrar lo que no deberian hacer. Todos los aduladores son cazadores, y de consiguiente siempre intentan coger alguna presa, ó de la gracia, ó de la hacienda, ó de la honestidad ajena.

S. II.

POR lo que toca á las afectaciones, haced cuenta que todas ellas son un mudo lenguaje, que va manifestando el deseo extraordinario que tiene el hombre de comparecer lo que no es, ó mas de aquello que es en la realidad, y con el que va mendigando aplausos, y alabanzas, aunque ordinariamente con tal mal suceso, que recoge todo lo contrario. En esta materia (¿podré decirlo yo?) el sexo frágil mas bien que el otro nos presenta, y hace ver tantas, y tan diversas escenas, que podría texerse de ellas una larga historia. Toda su atencion, y gran cuidado (exceptuadas siempre las mugeres que tienen juicio) consiste en querer persuadir á qualquiera que no lo esté, que la hermosura es una prenda que todas la tienen, y que no puede negárselles. Por esto aquella que les falta, juzgan poder encontrarla en el almacén de su toileta, y la que tienen procuran aumentarla con tan artificiosos adornos, que su excesivo número dió motivo á los latinos para dirlas el elogio de *mundo femenino*, *mundus muliebris*. Pero ignoran acaso estas bellezas *del rostro pintado*, como las llamó el Dante, que sus engaños, como tan patentes á los ojos de todos, por lo menos de los juiciosos, y advertidos, son unas claras acusaciones de que van á buscar en el arte aquella hermosura que no les concedió la naturaleza? No esperen, pues, por este medio, ni hermosura, ni alabanza, ántes bien desprecio, y mofa. Qualquiera sabrá decirles lo que se dice comunmente: *El marco es bello, pero es muy feo el quadro*. Añadirán la otra sentencia, ó proverbio: *El que desea muger hermosa, escójala el Sábado, pero no el Domingo*. Tambien dexaron escrito los an-

antiguos á este propósito: *Al que ha de comprar algo, siempre deben ser sospechosos los adornos. Suspecta semper ornamenta. eumentibus.* Aquella hermosura, que por la noche duerme baxo el pabellon del tocador, es fingida, y engañosa. Y si por ventura, ó desgracia llegase un hombre á pedir socorro á las bolsas, y botecillos para parecer hermoso, el menor mal que puede sucederle será el que le tengan por muger los hombres de juicio, y de razon. Ademas de esta afectacion, que pertenece á la hermosura de las mugeres, suele tambien encontrarse en ellas aquella que mira al brio, y bella gracia. Repare un poco el que concurre frecuentemente á sus conversaciones, el modo con que Lesbina hace un paso de comedia, representando suspensiones, admiraciones, y reflexiones con un *quita allá* espirituoso, despreciativo, y desdenoso. Observará á Clelia como se pasea con una afectacion tan regulada, y á compas, ó con un descaecimiento tan estudiado, que parece que va pidiendo como por cortesía quien la sostenga para que no caiga. Advertirá tambien como la otra señorita, no contentándose de censurar, y juzgar las escufias, encages, y blondas, trinchas, y raja sobre negocios políticos, y se mete tambien á decidir sobre puntos teológicos, los mas difíciles, é intrincados. ¿Y por que no podrá meterse, quando ha leído tantas comedias, y tan bellos romances? Pero no lo practican así las que tienen mas juicio, y saben bien el arte de navegar, porque saben que el manifestar una estimacion mediana de sí mismas, un adorno conveniente á su condicion, y grado, una apreciable modestia en su rostro, acciones, y palabras, y finalmente lo natural, y no la afectacion, son los medios propios, y honestos del comercio humano, que concilian el amor de todos, ó por lo menos de los buenos, y sabios. El pretender mas de lo que nos es debido cuesta muy caro, porque no se consigue lo que se merece, quando sin dificultad lo podemos conseguir.

§. III.

§. III.

ES comun tambien al uno, y al otro sexó la opinion de tener un grande ingenio, y mucho mas juicio: no le cuesta mucho trabajo á nuestro amor propio el hacernos creer esto mismo. Y quando los otros son tan poco advertidos, y discretos, que no hablan de estas nuestras bellas prendas, hablamos nosotros, no una vez sola, para que ninguno ponga en esto la menor duda. Tantos, y tan floridos conceptos, que en algun tiempo, y aun hoy acaso se oyeron en los sagrados Púlpitos; no podian verdaderamente decirse dirigidos á convertir los pecadores: mejor dirémos, que eran unas muestras, ó señales, que presentaban los Predicadores á sus auditores, para que conociesen su grande, y peregrino ingenio. No obstante que en nuestro tiempo ha cesado en parte este vicio, con todo, no se ha minorado la vanidad humana en otras muchas cosas, que no queremos advertirlas, ni enmendarlas. Y si no, ¿por qué quando se trata de la correccion de nuestros defectos, ó de oír á quien nos manifieste los despropósitos de nuestra conducta, y engaños groseros de nuestro genio, é ingenio; por qué, digo, nos resentimos tanto, que reputamos estos avisos como tantas estocadas á nuestro corazon, y se nos altera tanto la cólera? Pues no es otra la causa de esta inquietud sino el oír la tácita reprehension, que se nos hace entonces, ó por mejor decir la evidente demonstracion de que no es tanta nuestra prudencia, ni tan delicado nuestro entendimiento, ni tan recto nuestro juicio como habíamos creído, y nos lo persuadía nuestro amor propio. Con que por este, y otros medios semejantes viene á manifestarse nuestra gran vanidad, y el insaciable deseo, que anida en nuestro corazon, de ser alabados, y estimados de los otros hombres (sin que reflexionemos sobre esto mismo, que es muy comun, y ordinario, y por tanto se advierte menos); y aun quan-

do

do lo advertimos, solemos sacar poco fruto. Sobre este punto suelen ser los hombres de letras los que así en las públicas asambleas, como en las conversaciones privadas, y aun en las obras que dan á la prensa, nos hacen ver escenas extraordinarias, y ridículas. No puede negarse, que á excepcion de algunos pocos, que piensan seriamente en la mayor gloria de Dios, y en el bien común, los demas se sienten estimulados, y agitados, quien mas, quien menos, de un interno prurito, y punzante deseo de conseguir fama, gloria, elogios, y alabanzas. ¿Y que no hacen para lograrlas? No perdonan fatiga alguna, trabajan, se desvelan, y si acaso se les retardan un poco la gloria, los elogios, y las alabanzas, no dexan piedra por mover á fin de conseguir las. Que intenten esto mismo hasta los charlatanes, lo han demostrado ya varios Autores; pero esto no es mucho. Está muy bien, que los literatos manifiesten al público su saber, y su ingenio, produciendo algunas obras de que resulte alguna ventaja á las bellas letras, y utilidad á la República: en este caso ninguno rehusa de pagar el justo tributo de elogios, y alabanzas, que se deben á sus bien empuñadas fatigas; pero lo malo es, que algunos pasan tan adelante, que no sufren el que otros sus iguales pretendan semejantes honores: quieren que este sea derecho privativo suyo, ó de aquellos solos que son de su partido, ó de su patria, ó de su nacion; porque los demas se juzgan que no pueden tener ingenio, ni erudicion. Y si llegan á confesar alguna vez, que el saber no tiene patria, ni determinada nacion, con todo eso ellos se apropian el *bien saber*. Qué nombre se deba dar á este modo de pensar de algunos hombres, yo dexaré á otros que lo decidan, y sentencien. Ni es necesario el prevenir aquí que el pais de la gloria literaria es dilatadísimo, y que cada uno puede fabricar en él su casa, ó palacio, sin que estorbe á otro; así es, pero algunos juzgan que es un insolente atrevimiento el fabricar en este terreno desde que ellos tomaron posesion, y fabrica-

caron. Podrá rezelarse no sin fundamento, que el abominable monstruo de la envidia es el que les hace pensar de una manera tan fuera de razon. Es muy antiguo el proverbio de que *figulus figulum odit*, del que tiene su principio el nuestro castellano. ¿Quien es tu enemigo? el de tu oficio. Esto puede verificarse muy bien en otros oficios, y profesiones, sean altas, ó baxas, que aspiran á una ganancia puramente terrena; pudiendo muy bien el demasiado despacho de las mercancías de uno impedir la venta, y despacho del otro. Pero es ciertamente una cosa extraña, que quando se trata de cooperar, y facilitar el comercio del saber público (á que deberian concurrir y ayudar todos); ó por lo menos quando se trata de divertirlo, y deleytarlo honestamente, haya quien tenga, y reputé este beneficio por un maleficio, solamente porque no es él solo el que lo hace; ó que quando se trata de aquel honor, y gloria que pueden tener muchos á un tiempo mismo, sin que la parte que toca al uno disminuya, ó desfalque la que tiene el otro, haya quien se queje de que se le roba, y usurpa todo aquello que justamente tienen los otros.

§. IV.

Quando suceda, pues, entre los literatos, que uno contradiga, y se oponga á la opinion, y modo de pensar del otro, entonces el hombre verdaderamente sabio, si conoce que la razon no está de su parte, cede, y se conforma honradamente; pero si le parece que tiene razon, y llega el caso de controvertirse el punto, procura sostener su opinion con igual modestia, y eficacia, por ser esto permitido á cualquiera. Pero no lo practican así otros muchos, que llenos, y aun repletos de amor propio, y estimacion de sí mismos, sienten como tantas estocadas en su corazon, quando saben, ó escuchan la menor censura de su opinion, ó que hay quien se oponga á su modo de pensar. Abrense al punto las puertas

de la grande armería, á la qual recurren luego ciertos profesores literatos, que respiran mas furor, y venganza, que justa defensa. No se perdona entonces ni á las injurias mas atroces, ni á las sátiras mas picantes; y acaso ni á las calumnias mas insolentes, armas todas verdaderamente inútiles para dar la razon á quien no la tiene; y si acaso está la razon de su parte, son tales armas muy conducentes para hacer que el que las usase pierda el concepto de hombre justo, civil, y prudente, y causarán mayor daño si no tuviese este concepto. ¡Ah, ciego, y desordenado apetito de alabanza, que mientras procura conseguir lo que es ménos, pierde lo que es mas estimable, y precioso! Pues importa mucho mas sin comparacion á qualquier hombre de juicio, y razon el parecer, y ser persona moderada, y christiana, que el ser gran campeón de la literatura. Por tanto el hombre sabio en semejantes casos se va diciendo á sí propio: mantente fuerte, de manera que la ira no te arrebate, y transporte. Quando busques el ser tenido, y reputado por hombre sabio, ten cuenta con no perder el concepto de hombre bueno, y virtuoso. Del mismo modo se aparta el sabio de mendigar aplausos en sus conversaciones, y familiares discursos: tambien quando escribe se guarda de la maledicencia; esto es, de indiscretas mordaces palabras, satíricas, é injuriosas, de burlas pesadas, y poco decorosas; y últimamente huye de burlarse, y disminuir el mérito de los otros con la esperanza de ensalzarse á sí propio, y adquirir el renombre de ingenioso. El genio dado á la crítica, y sátira, por lo comun no hará mucha fortuna. Ni por esto intento alabar á los aduladores, y lisonjeros; pues al fin el adular es vicio; pero la sociedad humana mas bien se acomoda con la miel de estos, que con la hiel de aquellos. Aun quando estos Aristarcos logren el criticar justamente las acciones de los demas, y descubran con el microscopio de su critica defectos aun en las mas buenas, luego que se ausenten de los que con risa los escuchan,

chan, y aplauden, deben esperar ellos ser tratados del mismo modo. Giran otros por otro camino, y van á caza de elogios, encareciendo, y ponderando lo mucho que han fatigado, y fatigan en la carrera de las artes, y ciencias, y con esto deciden á diestro, y siniestro en los razonamientos, y conversaciones con la gente sencilla, é ignorante: hablan de literatura, critican la menor friolera, citan autores, y fácilmente arman contiendas, que defienden con sofisterías. No consideran que cargan con el título de pedantes, poco apreciable, y enfadoso á quien lo exerce, y á los que los oyen, y sufren: consiste esto en pretender ser solo ellos doctos, y tener á los demas por ignorantes. Aun mas ridículos en este género se muestran aquellos que han leído mucho, pero sin buen gusto, ni discernimiento; á los quales, como les sirva bien su memoria, y les pique un poco el deseo de cobrar crédito de hombre erudito, querrán siempre montar el púlpito, y despachar á fuerza su mal dirigida erudicion, sin descansar ellos, ni permitir que respire el auditorio. Pretenderán tambien que se tenga por favor el que interrumpan ellos la conversacion de los demas, á fin de hacer alguna reflexion, que acaso apestará de puro rancia, quando no de puro necia. Ved aquí los esfuerzos de muchos, que buscando alabanzas, y elogios, se encuentran con la burla, y escarnio. Y quando esto no tenga visos de pedantismo, los tiene de otra cosa, que se le acerca. ¿Que salsa tan insulsa, y desagradable será la que á su conversacion da aquel militar, que habiendo hablado hoy de la toma por asalto de una fortaleza, repite mañana esta misma historia con las mismas palabras, y hace presente á sus oyentes aquel mismo lance, aquella misma circunstancia de abrir la brecha, forzar la trinchera, escalar la muralla, sin saber hablar de otra cosa que de piquetes, cuarteles, batallas, y provisiones de guerra, sin considerar que es un mal músico el que solo sabe una cancion? ¿Pues que diremos de aquel otro, que en una conversacion se halla-

ria muy confuso, sin saber dar razon de su persona, si no hubiera hecho un viage á una gran Corte? Este es el almacén de donde hace su provision para conversar; pero tan frecuentemente, y de géneros tan idénticos, que causa fastidio al auditorio.

S. V.

Seria un nunca acabar si alguno intentase pintar las varias escenas, que hacen comparecer en el teatro del mundo los que con ambicion sobrada buscan en el trato con otras personas sus propias alabanzas. Mejor será el juntar á este otro argumento, que si no es el mismo, es su pariente muy cercano, y se le parece mucho: este es el apetito de agradar, y complacer á otros, y de ser amado, y estimado de ellos. No me atrevo á registrar, y poner este entre los apetitos comunes del hombre; porque estudiando quanto me es posible la naturaleza humana, y el uso de los mortales en ella, no encuentro que este apetito sea tan universal, y poderoso; ántes bien parece que se halla en pocos sugetos; y aun quando fuese cierto que se halla en cada uno de nosotros, y que fuese por un fin honesto, procurando cada qual satisfacer este apetito, seria una virtud en este caso: digo que seria una virtud que se llama *amabilidad*, que es muy necesaria para la vida civil, bien que conocida, y procurada de muy pocos, ó mal practicada por defecto del fin, y de los medios que para conseguirla se deben poner. Sin duda que haria un gran servicio al público cualquiera que, conociendo bien al mundo, y al hombre, emprendiese tratar de propósito del arte de hacerse amar. No ciertamente de aquel arte vicioso, y malo, del qual dexó un escandaloso, y deshonesto modelo Ovidio con daño suyo propio; sino de aquel arte virtuoso, y bueno, que conviene á un sabio, y prudente christiano, señalando sus defectos, y sus excesos. De este diremos algo, aunque de paso. Parece una cosa extraña el que hallándose por lo comun el hombre empapado, digámos-

lo

lo así, en su amor propio, se olvide tanto, ó piense tan poco en hacerse amar, y no cuide de adquirirse un capital, que puede, y suele rendir tantas ventajas en esta vida. Vemos, y experimentamos, que el que lleva consigo el precioso requisito de la amabilidad, logra ordinariamente, y segun su grado, y clase, los votos favorables de los hombres, y aun la fortuna suele tambien favorecerle. No porque algun particular pueda, ó deba pretender jamas el ser amado de todos sin excepcion, por mas que se halle dotado de las mas bellas prerogativas, y haya hecho las acciones mas heroicas. Esta justicia universal no debe esperarse de los varios modos de pensar que tienen los hombres; pero ya que no de todos, puede por lo menos conseguirse de muchos. Con todo son muy pocos los profesores de este noble, y lucrativo ejercicio, acaso por ser mas dificultoso de lo que aprendemos; porque á la verdad es necesario confesar que no hay modo, ni medio para que el hombre sea amado de los demas, sino es de la virtud, y no una virtud sola, pero sí el conjunto de todas ellas, ó por lo menos de aquellas que convienen al particular estado, y condicion de cada uno. La actividad, la vigilancia, la fidelidad, la humildad, y la paciencia, son virtudes que hacen amable á un sirviente, ó criado; y por este motivo, si pierde un amo, encontrará luego otro, ú otros ciento. La cortesía, y la afabilidad, virtudes que cuestan poco, y valen mucho, la beneficencia, la clemencia, y la justicia harán amables á los grandes Señores, y serán amados, y venerados de todos igualmente en las Repúblicas, Reynos, y Ciudades. Para conciliarse la benevolencia en los discursos, y conversaciones privadas, harán un buen efecto, ademas de un buen ingenio, la modestia, la policía, la propiedad en las voces, la delicadeza en las relaciones, el ser alegre, y festivo, la complacencia, y el respeto que se debe á cada uno, la docilidad, la gracia, &c. En suma, la amabilidad puede llamarse una virtud hija de todas las demas; y quan-

Tom. II.

P3

do

do no quiera dársele el título de virtud, debe ciertamente contarse entre las prendas mas envidiables del hombre. El que la posee es bien recibido en todas partes: alcanza, y consigue fácilmente quanto pide; y así como un buen amo es amado, estimado, y servido de sus criados, y un buen padre de sus hijos, y domésticos, siendo esta una clara señal de que en ambos hay virtudes que amar, lo mismo debe decirse de quien es amable por el conjunto de sus virtudes.

§. VI.

POR el contrario, aquel vicioso, que en parte pierde, ó totalmente destruye las virtudes, particularmente si está dominado de la soberbia, nunca debe esperar, ni presumir que se le junte la amabilidad, porque todos los hijos de Adán conspiran naturalmente al aborrecimiento de este vicio en qualquiera persona que se encuentre, sea de la mas alta, ó de la mas baxa esfera: todos, todos aborrecen el fausto, la arrogancia, el orgullo; esto es, al que estimándose en mucho á sí propio, trata á los demas con desprecio. Lo mismo podemos decir del impio, del cruel, del avariento, del pedante, y otras semejantes pestes, á las que está destinado el odio, y universal aborrecimiento. Por el contrario, no obstante que la rusticidad, la necedad, y mentecatez sean extremos opuestos por defecto á la amabilidad; con todo, pudiéndose avenir con estos defectos otras bellas prendas, podrá suceder en alguna ocasion, que el rústico, el mentecato, el necio consigan el ser amados, no por estos defectos, sino por otras buenas prendas que se hallen en semejantes personas. El exceso de la amabilidad consiste en procurarse el amor de los otros por fines malos, y peores medios. Aquel gran cuidado con que Florindo procura agradar á aquella Señora, y entrar en su gracia, puede ser que sea efecto de su noble amabilidad, y gentileza. Pero si acaso de esta manera, ó con

esta exterioridad amable, y dulce, intentase alguna otra cosa menos decente, cierto es que en este caso será su integridad digna de odio, y aborrecimiento. Uno de los caminos mas trillados para introducirse, y conservarse en la gracia, y benevolencia de los Señores, y Grandes, suele ser el de aprobar, y alabar todas sus acciones, todas sus palabras, sus pensamientos, y discursos, aun quando aquellas sean viciosas, y malas, y sus discursos unos inexcusables despropósitos: *en una palabra, el adularlos*. Ah! si estos personajes gastasen un poco mas de tiempo en conocerse á sí propios, quan fácilmente llegarían á penetrar, que los aduladores son sus enemigos mas crueles, porque el humo de su incienso solamente se dirige á no dexar abrir los ojos á los que ya están medio ciegos. Es mucha verdad (no me cansaré de repetirlo) que nosotros somos los primeros y mas dañosos aduladores de nosotros mismos, y por tanto estimamos en mucho á los que siguen nuestro exemplo. Advertirían tambien los grandes Señores, que por lo comun son ellos mismos los que causan, y aumentan esta mala, y pestífera raza de los lisonjeros; porque si ellos no saben agradecer, ni escuchar otro language que el de la adulacion; si no se manifiestan afectos al sacrosanto idioma de la verdad, parece que en cierta manera obligan á los que los tratan á no cantarles otra música que la de la lisonja, porquien esta sola es la que les agrada: ni esto digo yo aquí para excusar el feo vicio de la adulacion. No debe jamas el hombre sabio envilecerse, ni olvidarse tanto de sí, que sepa lisonjear. Si los grandes Señores no quieren oír la verdad de su boca, tampoco deben oír la mentira. El alabar, y elogiar á quien lo merece, es justicia; pero el alabar á los indignos, es hacerlos arrogantes, soberbios, y locos; como tambien el emplear con las mugeres tantas, y tan dulces adulaciones, suele ser artificio para robar á las menos cautas lo mas precioso. Conviene tambien el no ofender á los otros con la verdad; aunque pueden ocurrir algunos casos en que deba usarse

se el consejo de Publio Mimo: *Malo verbis offendere, quam placere adulando. Es mucho mejor, dice este Filósofo, el desagradar á otros con las palabras, quando así lo pide la caridad, que el agradarlos con la lisonja, y adulacion.*

S. VII.

A Costumbran algunos el ingeniarse, y esforzarse para agradar á los concurrentes en las conversaciones familiares, usando de graciosas agudezas, que suelen dirigir á los ausentes, y aun á los presentes tambien, burlándose de unos, y otros con motes ingeniosos, y agudos. No puede dudarse que el tener un humor alegre, y jovial es una bella salsa para la conversacion, y un medio favorable para conciliarse el amor de los concurrentes: como al contrario hace una fea figura para este efecto el humor rústico, é hipocondríaco, el qual no sabe hablar por lo comun de otra cosa que de sus desgracias, y males propios, ó de los desórdenes del público. El hacer siempre de Heráclito es un oficio fácil, pero presto se enfada quien lo escucha. Mucho mas gusta á todos el hacer de Demócrito, porque se alegra á sí propio, y á todo el concurso, convirtiendo en materia de risa lo que para otros suele ser la materia mas desagradable, y odiosa. Pero finalmente desdice demasiado á un ánimo noble la que se llama bufoneria, y el remedar á otros en la voz, en las acciones, y en los gestos. Estas pueriles escenas, y cómicas imitaciones deben reservarse para el teatro, donde en otro tiempo estaban en gran crédito los mimos: úselos en buen hora la plebe, y gente baxa, esto poco importa; pero este desgraciado privilegio desdice mucho á los prudentes, y sabios, á los quales puede convenir solamente un cierto ayre de graciosidad, que manifieste el ingenio, sin ofender á los otros; porque el arte de poner en ridiculo al próximo, que nosotros llamamos befar, y burlarse (ya lo he dicho, y lo repito) es un tráfico muy peligroso, y expuesto á mayores pérdidas que ga-

ganancias. Se rie, y se hace reir, esto es verdad; pero el sugeto que hace la costa en esta funcion no suele llevarlo muy á bien. ¿Y que seria quando pasase tan adelante este negocio, que ademas del odio que suelen acarrear estas burlas pesadas, se siguiesen riñas, y quimeras? Mucha delicadeza es necesaria para burlarse de otros, de tal manera, que no solo no lo sientan, mas tambien que se complazcan, y quieran bien á quien los pone de buen humor. Pueden por diversion fingirse ajenos defectos, pero sin tocar los verdaderos; ó si se tocan, ha de ser con tal habilidad, que no hagan mas que tocar la piel, sin pasar de allí. ¿Pero quien es aquel que sabe dar estocadas con tanto primor, y destreza? Por tanto á los muchachos, que tan fácilmente cometen estas faltas, burlándose de los que toman entre ojos, y escarneciendo á quantos les parece, hasta disgustar á los circunstantes, se les debe avisar, y reprehender, manifestándoles las malas consecuencias de este mal vicio, y su deformidad. De consiguiente deben guardarse mucho mas de incurrir en él los adultos, acordándoles que es un despropósito solemne el perder un amigo por no perder un buen concepto, ó un dicho agudo. Sobre todo deben en esta materia contenerse, y abstenerse los grandes Señores, porque es demasiada opresion el tratar de este modo á quien no puede responderles por justos respetos. No debe omitirse aquí el advertir, que ninguno debe avergonzarse de tener alguna imperfeccion, ó defecto en su cuerpo, por ser este un mal que no arguye culpa en el sugeto, ni está en su arbitrio el evitarlo, ó remediarlo: solamente la gente incivil, y la del baxo pueblo suelen reirse, y burlarse quando ven á un tuerto, á un corcobado, á uno de grandes narices, ú otros defectos semejantes, y comunes en los hombres. Será por el contrario hombre sabio, y prudente el que hallándose con alguno de estos defectos, sea el primero que con humor festivo se ria, y burle de sí propio, por ser este el mas eficaz remedio de evitar la burla de los otros.

S. VIII.

S. VIII.

El camino mas ordinario, y común, que toman las mugeres para hacerse amar, es el de la afectacion, de la que hemos hablado poco há. Se persuaden á que la vivacidad, espirituosa, la brillantez, y buen manejo de sus ojos, el melindre de sus gestos, la artificiosa risa, el ayre brioso de sus palabras, son otros tantos tiros de artillería, que hacen caer á sus pies tropas enteras de los que idolatran su hermosura. Por tanto reparad en la señora Galantina, que unas veces habla con su papagayo, otras con su perrito faldero, con unos ojos inquietos, y baylarines, que ni aun sentada sabe estar-se quieta: oíd una intempestiva risa, pero sin perjudicar su preciosa boca, esforzándose lo posible para que no parezca grande: atended como mira á una, y otra parte, como suspira sin tener motivo de tristeza, como rie sin la menor causa de alegría. Finge estar quejosa de todos los que concurren á obsequiarla, estudiando siempre nuevos meneos, y melindres, y haciendo con su abanico nuevos juguetes, nuevas figuras, nuevas invenciones. Merece ciertamente que la llamen la diosa de las conversaciones. Ella pretende dar gusto en su porte, y lo dará sin duda; pero á quien? A quatro cabecillas vanas, ó acaso á quien quiere parecer honrado, y juicioso en su propia casa, pero no en la agena: á estos agrada á caso esta señora; pero no al hombre sabio, y sagaz, que sabe distinguir el oro del oropel. Leen los hombres prudentes en todo aquel libro de fingida afectacion una mal disimulada vanidad, y en aquella risa y movimientos leen alguna cosa peor. Yo dexaré que consideren los inteligentes, y sabios lo que en tiempo de Julio Cesar quiso significar Publio Mimo quando escribió: *Multis placere quae cupit, culpam cupit*. La muger que desea agradar á muchos no está lejos de desear el pecado. Por tanto no se crean ya, ni persuadan estas, que pre-

presumen de deidades, que se ocultan fácilmente sus deseos, y fines. Estas digo, las quales en alguna Ciudad de Italia (y creo que en las mas de Europa) no hacen otra cosa desde la mañana hasta la noche, ó por mejor decir, desde el medio día, en que suelen dexar la cama, hasta volver á meterse en ella, que andar á caza de idolatras, así en el paseo, como en la tertulia, en el juego, en la tolesta, y aun en la Iglesia misma. Y si acaso con estos artificios intentasen cazar algun incauto para unirse con él en matrimonio, deben persuadirse que ningun sabio, y prudente caerá en redes semejantes. Estas cazadoras lo son solamente de cabezas vanas, y locas, que se prendan de estas inútiles bizarrías, ó lo son de sujetos adocenados, que nunca supieron que cosa es la verdadera amabilidad; ni saben estimar las cosas en su precio justo, y así harán penitencia á su tiempo; y acaso podrá tocar parte de esta penitencia á las mugeres mismas, las quales, si con un marido sabio, y juicioso son dichosas, en poder de otro que no tenga virtud, ni juicio son desgraciadas.

Recojamos ya velas, y volvamos á la amabilidad, la qual es una de las mas bellas alhajas para la vida civil. Ni puede dudarse que no sea una de las prendas mas estimables del hombre sabio el hacer quanto sea posible para que todos le amen. He dicho todos, porque no tratamos aquí del amor marital, que debe limitarse á aquellos dos sujetos que Dios ha juntado por el vínculo del santo matrimonio: hablamos de aquella universal benevolencia, que no solamente es lícito á qualquiera persona el procurarla con medios honestos, y virtuosos, mas tambien será muy feliz el que la llegue á lograr. Por lo que conviene siempre repetir, que las virtudes solamente son el medio mas eficaz para lograr, y adquirir esta prenda estimable de la amabilidad, la qual huye,

y se aleja del vicio, y de la afectacion. La virtud tiene este privilegio de ser amada, y venerada aun de los mismos viciosos, que carecen de ella. Al contrario sucede al vicio, y á la ficcion, que son aborrecidos de todos. No hay duda que aquel color que aparece en el rostro de aquella muger, no siendo, como no lo es, natural, ha de ser ficcion, y pretende con ella aparentar hermosura: haga, y finja quanto quiera, lo cierto es, que con todo este artificio no logrará el engañar al hombre sabio, ántes este se indignará contra ella, porque no sabrá distinguir quando aquel color rubicundo será un efecto virtuoso, causado por la vergonzosa modestia, pues por lo comun lo es de la engañosa salserilla. Buena es la policia, y curiosidad; pero no la afectacion. Un modo de obrar inocente, una honesta, y seria alegría, acompañada siempre con la modestia, las insinuaciones dulces, sinceras, y obligantes, el manifestar estimacion á todos, y procurar el no ofender á nadie: estos son los atractivos verdaderos, que deben buscar, y estimar los sabios, y los que no lo son. Y quando se trata de adquirir estimacion una muger juiciosa, la procura, ó debe procurar por aquellos medios, y modos, que verdaderamente son á propósito para ganar este concepto con los hombres, y mugeres de juicio. La estimacion, y el mas alto mérito, entre otros muchos, de una muger casada, es sin duda quando estima, y aprecia mas que la de otro alguno la conversacion de su marido, y sus hijos, y criados, para educar bien aquellos, y gobernar á estos: quando encuentra mayor conveniencia, y gusto en su laboratorio, y expedicion económica de sus afanes domésticos, que no en perder la mitad del dia, preparándose para malgastar, y emplear del mismo modo la otra mitad, ó que el divertirse horas enteras, rodeada de una caterva de aduladores forasteros, para recibir de ellos un incienso pestífero, entreteniéndose la conversacion de novelas insulsas, ó manejando aquellas cartas, que ademas de hacer perder el dinero, las mas

ve-

veces traen consigo otras consecuencias peores; pues por de contado se abandona el cuidado de la casa, y familia, se pierde la preciosa alhaja del tiempo, y quiera Dios que la pureza de la conciencia no se pierda tambien. Finalmente la buena gracia, el buen garbo, y apacible modo, son las prendas que pueden hacer amables, así á los hombres, como á las mugeres, y dar la última mano á las otras prerogativas, por las quales el amor se consigue, ó se merece. Bienaventurado el que sabe acompañar las acciones de su vida con una recomendacion tan poderosa. No basta el hacer un beneficio: es necesario el hacerlo con un garbo gracioso, sostener su razon, contradecir, y si fuese necesario reprehender; pero con dulzura, y gracia. Saben algunos negar un favor que se les pide; pero lo hacen con tan bello garbo, y tan buen modo, que el que no lo consigue les queda obligado. Aun la misma hermosura corporal, si le falta esta fineza, y gracia, que depende del ánimo, logrará pocos triunfos, porque no serán muy puntiagudos sus dardos. ¿Pero que viene á ser esta gracia tan decantada? ¿Es acaso alguna qualidad oculta, ó por ventura aquel famoso *no sé qué*, con cuyo nombre bautizaba un escritor todo lo que no sabia explicar? Podemos, pues, decir, que la tal gracia consiste en hacer que aparezca un buen corazon en el semblante, en las palabras, en las operaciones, un dulce trato, un ayre de veneracion, y respeto para con todos, y al mismo tiempo una modesta estima de sí propio. Cierto es, que aquellos bufones de profesion, que quieren poner en ridiculo todas las cosas, y acciones de los demas, y aun se atreven á profanar las cosas de nuestra santa Religion: cierto es, decia, que no pueden lisonjearse de tener esta gracia, ántes parece que tales sujetos tengan una especie de enemistad con todo el género humano; y si reflexionasen un poco sobre ello, hallarian que es un feo, y abominable empleo el que exercitan, y que mas que á los otros se dañan á sí mismos. Tampoco debe esperar la

be-

benevolencia, y el amor de los otros el que no tiene respeto, estimacion, ni amor por alguno, é intenta ridiculizar á todos, con la esperanza de brillarlo, y lucirlo él solo, y ocultar entre los de otros muchos sus propios defectos. Siendo, pues, muy propio de un hombre prudente el hacerse amar de todos, quanto le sea posible, del mismo modo es imprudencia, y locura el hacerse odioso á todos por culpa, y capricho propio. Bien quisiera poder estampar esta máxima en el corazon de los altaneros, soberbios, y orgullosos, y de qualquier otro de aquellos que tan fácilmente se dexan transportar del ímpetu de la ira, y del humor despreciativo, y modador, y que con muy leve, ó ninguna causa descargan contra su próximo una tempestad de injurias, como tambien en los de aquellos, que continuamente están de un humor melancólico, y atrabiliario, impaciente, y áspero, mal contentos casi siempre con sus criados, y familia, y con los que están cerca de sus personas. Lo mismo digo respecto de aquellos, que demasíadamente zelosos, y rígidos, no aciertan á sufrir, ni perdonar á sus próximos los mas leves defectos. ¿Por ventura necesitan todos estos de ser odiosos, y mal vistos entre sus compañeros, ó de panegyristas de su vida brutal siempre que se presente la ocasion de hablar de ellos? Pues no duden que serán servidos. El que pueda huir de ellos como de una casta de serpientes, y el que se vea precisado á vivir con ellos, llorará su desgracia; pues semejante gente debería vivir en los desiertos montes, haciendo compañía á las bestias feroces, é intratables escorpiones. Así, pues, en quanto podamos, y lo permita la honestidad, y justicia, debemos trabajar para ganar amigos, ó por lo ménos para no adquirirse enemigos. Este debe ser el empleo del hombre sabio, y balanceando el bien, que puede resultar de aquello primero, con el mal que se sigue de esto segundo, ninguno habrá que no conozca la segura utilidad de estas máximas. Faltará á los mas la voluntad, y facultad de hacernos bien; pero todos

dos podrán hacernos mal, si lo quieren hacer. No hay hombre tan pobre, y desvalido, que no sea dueño de su lengua por lo ménos; y nuestros antiguos nos dexaron el proverbio de que *un enemigo sobra, y cien amigos no bastan.*

CAPITULO XXXIX.

De la Humildad.

§. 1.

NO es digno de reprehension el hombre que se estima á sí propio; pues ademas de tener un cuerpo admirablemente dispuesto, y fabricado, contiene una alma tambien hecha á la imagen, y semejanza de su Criador. Bástanle estas prerogativas para tributarle justamente grandes alabanzas. Mientras que los hombres, comparándose con un sinnúmero de bestias irracionales, y viéndose mas nobles, y superiores á todas ellas, se engrienen, digámoslo así, y se glorían en sí mismos, puede perdonárseles este engreimiento, aunque seria mucho mejor el dar la alabanza, y gloria al Señor, que nos crió por sola su clemencia, y bondad, imitando en esto á aquel sabio Filósofo Griego, que daba gracias al Criador por haber hecho *que naciese hombre, y no bruto, Griego, y no Bárbaro.* Pero no para, ni se detiene solamente en esto el aprecio, y estimacion que hacemos de nosotros mismos. Pasamos adelante, comparándonos con los demas hombres nuestros iguales, y nos parece que excedemos á la mayor parte. Ademas de esto tenemos una gran facilidad en amplificar, y engrandecer nuestras cosas, ó lo que de algun modo puede llamarse nuestro, como por exemplo el mérito, el ingenio, el juicio, la hermosura, la nobleza, la dignidad, el saber, y otras cosas semejantes, pareciéndonos algunas veces que se hallan en nosotros tales prendas, y con tanta abundancia, que podemos